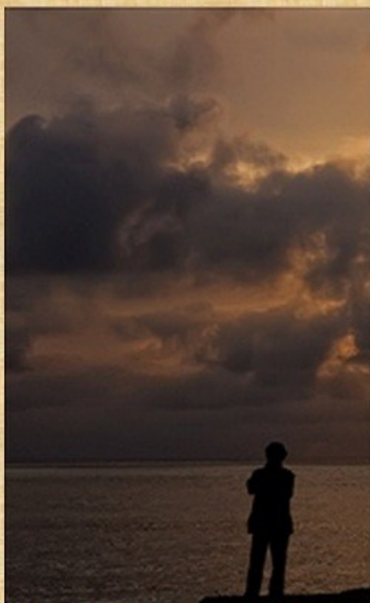


EL VALLE DEL SILENCIO



GUADIMIRO RANCAÑO LOPEZ

EL VALLE DEL SILENCIO

“mañana”... tan cercano y tan desconocido.

EL VALLE DEL SILENCIO

(Drama en dos Actos)

PERSONAJES:

-ENRIQUE

-MADRE

-MARGA

-ANA

-DR. MERIDA

-DR. ORIOL

-ESTELA

-ANDRES

-PILI

-JESUS

-SANTI

-ABOGADO

-ENFERMERA

-PRACTICANTE

PRIMER ACTO

Las escenas de este primer acto se desarrollan en la sala de espera de una clínica, sala que está al final de un largo pasillo de la planta baja, y también en una de las habitaciones, cuya puerta da a la misma.

Sala de espera y habitación estarán montadas a la vez sobre el mismo escenario, de forma que la representación de las distintas escenas, en una u otra, sean una acción continuada, significándose el cambio con la iluminación de una u otra parte del escenario.

El foro estará dividido en dos partes, cuyo centro marcará el límite de escenario correspondiente a las dos estancias, la habitación en la parte derecha y la sala de espera la parte izquierda.

No obstante, para marcar dicho límite, no se hará dividiendo el escenario en dos mitades simétricas, sino que se hará uniendo dicho punto central del foro con cada uno de los del comienzo de los laterales formándose dos triángulos rectángulos en cada parte, que se cerrarán ó abrirán con una cortina en

el momento de intercambio de luces, y un espacio intermedio libre que se unirá como ampliación a cada una de las partes.

Al fondo, a partir del centro del foro, a la izquierda, se encuentra la puerta de la habitación número 10; en la misma sala, en el lateral izquierdo hay otra puerta de habitación señalada con el número 9 y a continuación el pasillo que desemboca en la sala; a la derecha de la parte central del foro está la puerta de la habitación número 10, pero vista desde dentro; en la esquina del foro y el lateral derecho está la cama con su mesita y a los pies de la cama un ventanal que da al jardín y a continuación una tumbona.

ESCENA I

Al levantarse el telón, aparece la sala de espera. Junto a la puerta del lateral izquierdo, donde se supone hace esquina el pasillo, hay un tiesto con una hermosa planta verde, amenazando al color verde claro de la sala. A continuación de la puerta, hay un sofá; en la esquina con el foro, una lámpara de pié; al fondo, a lo largo del foro, varias butacas, una mesita baja con varios periódicos y revistas; en las paredes, algunos cuadros; el pasillo continúa por el lado derecho, donde la cortina se junta con el comienzo del lateral.

Se encienden las luces y en el ambiente reina un silencio y sosiego realmente clínicos. Transcurren las horas de una noche de marzo. Instantes después se abre la puerta número 10 y por ella entra una mujer de avanzada edad, viste de luto, pero mayor luto aún manifiesta su rostro, en el cual parece no haber cabida sino para las huellas del sufrimiento y del dolor; sus ojos están hundidos como si quisieran huir de la realidad del mundo que ven.

Entra caminando pausadamente, con una mirada y un pensamiento fijos. Llegada hasta la altura del pasillo y por él extravía su mirada. Luego se dirige hacia el tiesto y agachándose le arrima un poco de tierra al

tronco. Se levanta y parece acariciar la planta con la mirada, pasando a hacerlo suavemente con las manos; luego parece susurrarle algo y la vuelve acariciar. A continuación va hacia las butacas del fondo y se deja caer en una. Se nota que está cansada, rendida por el sueño, pero aguanta y continúa con la mirada y pensamiento fijos. Durante unos instantes continúa el silencio, pero al poco tiempo es rasgado por el gemido de un llanto que logra traspasar la puerta de la habitación número nueve.

Aquel llanto solo le hizo levantar levemente la mirada fijándola primero en la puerta y después dirigiéndola al pasillo en espera de la aparición de alguna enfermera. La respuesta le vino cuando se abrió la puerta y por ella sale una enfermera que desaparece por el pasillo corriendo, mientras en la habitación se oyen nítidos llantos de desesperación, palabras llenas de dolor y sentimiento.

Al poco tiempo la puerta de la habitación 9 se abre de par en par empujada por una camilla de ruedas y sobre ella, cubierto completamente, el cuerpo de una persona; la puerta se cierra tras el paso del celador que empuja la camilla y de inmediato desaparece por el pasillo. De la habitación siguen saliendo llantos y voces mezcladas que se van haciendo más inteligibles:

VOZ FEMENINA.- ¡Mi hijo...! ¡Que no se lleven a mi hijo...! ¡Hijo mío...!

VOZ MASCULINA.- Cálmate mujer... Cálmate.

VOZ DE NIÑO.- Mamá, ¿a onde levan a Licaldo?

VOZ FEMENINA.- ¡Dios mío..., por qué, por qué! ¡Por qué tenía que ser mi hijo!

VOZ MASCULINA.- Vamos..., cálmate.

MONJA.- Será mejor que se la lleve a casa. Aquí nada pueden hacer.

VARIAS VOCES.- Sí, será mejor.

La señora, que esta entonces había permanecido sentada, se levanta y queda quieta, estática, viendo como los protagonistas de la escena anterior abandonan la habitación y cruzan la sala en dirección al pasillo. Una señora de mediana edad sale abrazada por su marido; un niño de apenas dos años en los brazos de uno de los familiares y una monja, que sale la última y cierra la puerta de la habitación.

Se van alejando por el pasillo y cada vez su rumor se va haciendo más débil. Cuando nuevamente vuelve a reinar el absoluto silencio en la sala de espera, la

señora, que continúa de pié y en su primer gesto, da media vuelta ya dirige una mirada de preocupación hacia la puerta de la habitación 10, para abalanzarse hacia ella gritando.

MADRE.- ¡Enrique...!

Se apagan las luces. La cortina de la izquierda se cierra, desapareciendo tras ella la sala de espera, y se abre la de la derecha. Aparece la habitación que pertenece a la puerta número 10, la cual se ve ahora por dentro.

En el centro de la habitación hay una mesa redonda sobre la cual reposa un jarrón con flores, y tres sillas a su alrededor.

Se ilumina la estancia y en la cama está Enrique, durmiendo un largo sueño. Permanece en una postura normal. Los ojos los tiene cerrados, la boca entreabierta. Tras la ventana, reina la oscuridad de una silenciosa noche. Al cabo de unos segundos se repite el desgarrador grito a la Madre.

MADRE.- (Desde la sala de espera.) ¡Enrique...!

La puerta se abre con ímpetu y entra la madre de Enrique, que se dirige hacia su cama. Lo destapa un poco y le saca el brazo

derecho, besando su mano y estrechándola entre las suyas.

MADRE.- ¡Enrique..., hijo mío! A ti nunca te llevarán. Tienes aquí a tu madre, que cuidará siempre de ti. ¡Jamás, jamás permitiré que te ocurra nada! (Apoya la cabeza sobre el cuerpo de su hijo y llora. Luego se incorpora y le vuelve hablar.) Duerme..., duerme mi bien, que yo siempre estaré a tu lado. Duerme..., duerme... (Vuelve a la situación anterior, apoyándose sobre él y llora en silencio.) Sabes... (Se incorpora.) ...antes, cuando estuve ahí fuera, sentí como una voz que me llamaba. Me di la vuelta y era la planta que está en el tiesto. Ella también necesita de mí, igual que tú. Los que la cuidan... solo se ha preocupado de echarle agua, y no se dan cuenta de que las raíces empezaban a quedar al descubierto... También ella necesita amor, cariño, que le hablen, que le den mismos. (Vuelve a taparlo y coloca su brazo nuevamente debajo de las mantas. Se acerca a la mesa.)

Ayer te trajeron estas flores. Mira qué bonitas son... Yo les cambiaré el agua todos los días para que no desfallezcan. (Enrique parece moverse un poco. Su pequeño movimiento, concluye con un largo bostezo.) ¡Pobrecito mío! ¿Tienes hambre? No te preocupes, tu mamá te dará de comer... (Se acerca a la mesita y de ella saca una taza y

una cucharilla. Luego arrima una silla y se sienta a su lado. Le lleva la comida a la boca.) Toma... (Le da una especie de papilla pero él la escupe.) ¿No la quieres? (Coge una servilleta y lo limpia.) No te preocupes. Te prepararé puré de plátano con leche. ¡Ya verás que rico está! (Deposita la taza dentro de la mesita y saca otra. Luego coge una botella de leche y un plátano. Lo hace puré.) Tienes que comer lo que te prepara tu mamá, porque lo que te dan "esos"... es como el agua que le echan a la planta, sin sustancia. (Pausa.) Cuando tenías algunos meses esto te gustaba mucho. Ya está. A ver... (Le lleva una cucharada a la boca.) ...así. Y otra más. Y otra... Ah, es mucho... yo te limpiaré. (Lo limpia.) Ahora otra... Otra más... (Esta última la escupe.) ¿Ya no quieres más? Bueno, luego te lo volveré a dar. (Recoge nuevamente todo para dentro de la mesita.)

Y ahora así, tapadito... (Le acomoda la ropa, la almohada, y le cubre el brazo derecho con la sobrecama.) Así..., así mi cielo para que no tengas frío. Ya podemos abrir la ventana para que la brisa de la noche vega a besar tus mejillas, como todos los días. (Se acerca a la ventana y la abre. Respira hondo.) ¿No sientes lo fresquita que está? Hoy trae un aroma distinto. Viene penetrante. Recalcitra hasta los huesos. Es como si

entrara la primavera. (Pausa. Se sienta en la tumbona, echándose hacia atrás.)

La luna está más clara, y el cielo más limpio que otras noches. Una noche así, la luna se parará frente a nuestra ventana y nos llamará. Estará rodeada de dos ramas de olivo. Y no se moverá hasta que nosotros la acompañemos. Entonces ella, dejará caer una de las hojas del olivo, tú te levantarás y juntos subiremos a la hoja que nos llevará por el cielo, volando... volando... por entre las estrellas. (Se levanta y se acerca a la cama de su hijo sollozando.) ¡Y tu ya estarás bien...! ¡Tú ya estarás bien!

Se apagan las luces y la escena pasa nuevamente a la sala de espera. Al iluminarse ésta vemos al lado de la puerta del fondo a una enfermera que está escuchando por la rendija de la puerta, la cual no quedó cerrada del todo. Se sienten los últimos sollozos de la madre.

MADRE.- (Desde dentro.) ¡Tú ya estarás bien! ¡Tú ya estarás bien!

La enfermera se aleja rápidamente de la puerta, en dirección al pasillo.

ENFERMERA.- ¡Doctor! ¡Doctor! (Se apagan las luces, quedando la sala de espera en penumbra.)

ESCENA II

Se ilumina la sala de espera y por el pasillo entran dos médicos sosteniendo una conversación. Sus edades reflejan una marcada diferencia. Uno es joven, con apariencia de despierto e inteligente y el otro de una edad avanzada, que refleja el paso de los años, la experiencia de la vida y el sufrimiento compartido con tantos años de profesión. Ambos portan unas carpetas con papeles.

DR. MERIDA.- (Dirigiendo su mirada hacia la puerta número 10.) Es lamentable, no cabe duda. Pobre mujer..., y así día tras día durante cinco años. No me extraña que su mente se haya trastornado, que derive a formas tan inocentes, tan absurdas pero a la vez tan humanas. Jamás vi el amor de madre tan fielmente interpretado, tan verdaderamente sufrido. El mal de su hijo es más que el suyo propio, del cual ni siquiera se ha percatado.

DR. ORIOL.- Pero... ¿ya hace tiempo que lo padece?

DR. MERIDA.- Sí, fue algo de lo que debimos habernos dado cuenta, para poder evitar esta situación. Para ella no ha habido un

minuto de sosiego, mientras su hijo ha permanecido en ese lecho. Hemos consentido que día y noche estuviera continuamente a su lado, sin darnos cuenta de que era un ser humano, que necesitaba descansar como los demás. En parte, la culpa ha sido nuestra, especialmente mía.

DR. ORIOL.- No, eso no lo podías evitar. De ningún modo lograrías arrancarla de su lado. Además no estabas en el deber de hacerlo.

DR. MERIDA.- Es cierto. Pero de todas las formas me he preocupado muy poco de ella. He ido creando un enfermo y sin aliviar la situación del otro. Ciertamente la responsabilidad de un médico es enorme.

DR. ORIOL.- Si, cuando se tiene conciencia de la responsabilidad...Y tú la tienes, muchacho. (Pequeña pausa.) Y bien, ¿Cómo va el enfermo?

DR. MERIDA.- Ante un caso como este la reacción nunca se puede saber. Su estado, aparentemente, es el mismo de siempre. Pero su organismo me preocupa, casi tanto como su cerebro.

Cuando pienso en esos cinco años que ya no volverá a vivir, en esos cinco años que pasó sumido en un misterioso valle del

silencio, siento unos deseos impetuosos de hacer algo, de no esperar ni un minuto más.

DR. ORIO.- ¿Aún sigues creyendo que se puede hacer algo?

DR. MERIDA.- Sí. (Pequeña pausa.) Escogí esta especialidad porque veía en ella algo... como de misterio. La mente del hombre, sin duda, es un misterio. Cada una es un mundo distinto, una forma humana completamente diferente a las demás, de vivir y de sentir. Y en este caso es como si el misterio se nos pusiera ahí enfrente, parado, quieto, esperando a que lo desvelemos... La mente de este chico no está muerta, está anestesiada, inconsciente, aletargada... mientras su cuerpo está completamente vivo, pero inmóvil y nos está diciendo a gritos: ¡necesito que me pongáis en marcha, porque si no me muero! Y es cierto, porque sus funciones vitales se van deteriorando día a día.

Durante casi cinco años he merodeado por las cercanías de ese misterioso valle... En estos momentos mis largas investigaciones me han dado unos resultados positivos. Este una posibilidad. Y ahora creo que ha llegado el momento de llevar esa posibilidad adelante.

DR. ORIOL.- No quiero desalentarte. Pero la ciencia en estos casos no puede hacer nada.

DR. MERIDA.- Yo creo tener algo, por lo menos quiero intentarlo. Creo tener algo que me dice adelante, que me empuja. (Queda pensativo.) O quisiera tener algo...

DR. ORIOL.- Cuando yo comenzaba mis trabajos en la medicina también me fui a un hospital grande, con todos los medios. Yo tenía entonces muchas ansias de triunfar, de lograr algo importante. Creía que tenía remedio para todo. Veía entrar casos distintos, veía a familias doloridas, a enfermos a los que la vida los iba dejando por momentos. (Reflexionando.) El mejor para ver como la vida se manifiesta con mayor crueldad, te aseguro que es un hospital. (Continúa relatando.) Conviví con el dolor, con la muerte, con la desesperación. Oí infinidad de llamadas angustiosas, de cuerpos que no se resignaban a dejar escapar la vida. (Pequeña pausa.) Muchos confiaron en mí su salvación pero yo nada podía hacer por ellos. (Pausa.) Cuántas historias trágicas, por desgracia, hubiera podido escribir en aquellos días en que se enfrentaban mi ilusión y mi impotencia. Creía tener solución para todo y apenas pude hacer más de lo que debía. Así me fui..., no desanimando, porque cumplía con mi misión como mejor sabía, pero sí aprendiendo a no mezclar demasiado la conciencia, las ansias, las ganas... con la responsabilidad, como tiene que ser en todo buen

médico. Sin embargo también hubiera querido hacer más. Cada cuerpo que se me marcha de la vida, parecía como si el culpable fuese yo mismo. Pero no, la experiencia y los años me enseñaron a separar lo íntimo, lo personal... la conciencia, si quieres, de lo profesional.

Eres un joven lleno de ilusiones, con ansias de triunfar, con una conciencia responsable, y te diré que eso no basta... No obstante para mí sería una gran satisfacción que pudieras conseguir algo positivo en este caso. Créeme, me gustaría hacer algo por él. Pero desgraciadamente y como tú ya has insinuado, de vemos temer un mal desenlace para el día menos pensado.

DR. MERIDA.- Que desgraciadamente serán dos.

DR. ORIOL.- ¿Te refieres a la madre?

DR. MERIDA.- Sí. Y no voy a esperar más.

DR. ORIOL.- ¿Qué quieres decir?

DR. MERIDA.- Hablaré con la hija para que la lleva para su casa.

DR. ORIOL.- ¿Qué te propones

DR. MERIDA.- Curar a la madre, y si es posible salvar al hijo.

DR. ORIOL.- ¿Acaso... pretendes operar?

DR. MERIDA.- Exacto. Hemos dicho que cualquier día podemos temer un mal desenlace. ¿Vamos a permanecer sin hacer nada? Mis investigaciones, hasta ahora, han sido positivas. Creo tener algo..., ya se lo he dicho antes. Si lo logro será un paso importantísimo para la ciencia, si no... es algo que no podemos evitar.

DR. ORIOL.- La posibilidad desde luego es mínima, salvo que te refieras a un nuevo experimento... ¿Algún invento, quizás?

DR. MERIDA.- Quizás... Lo he experimentado en ratas y he obtenido resultados positivos. Pero lo tengo sin publicar, porque antes quería contar con su aprobación.

DR. ORIOL.- Respecto a mí, cuenta con un colaborador. (Pensándolo.) Quizás tengamos que incorporar la conciencia a la responsabilidad.

DR. MERIDA.- Gracias Doctor. En cuanto hable con la hermana me pondré en contacto con usted. Ah, me gustaría que atendiera a

la madre, su experiencia es más de fiar que la mía.

DR. ORIOL.- Cuenta con ello.

DR. MERIDA.- Si logramos tratarla desde su casa, será un obstáculo menos.

DR. ORIOL.- Te deseo mucha suerte, el riesgo es grande.

DR. MERIDA.- También cuento con él, es mi principal enemigo.

DR. ORIO.- Bien muchacho, te dejo. He de seguir visitando a mis enfermos. (Se aleja unos pasos y luego se vuelve.) A los no les ilusiona vivir, yo los traería aquí para que viesen con que ansias el enfermo se agarra a la última posibilidad de vida... Suerte, doctor Mérida.

DR. MERIDA.- La necesitará. (Permanece unos instantes mirando al Dr. Oriol que desaparece por la puerta número nueve. Luego, continúa absorto, pensativo, y lentamente dirige sus pasos a la puerta 10. Las luces se apagan.)

ESCENA III

Vuelven a encenderse las luces y aparece el mismo cuadro anterior. Por la puerta 10 sale el doctor Mérida con unos papeles en la mano. Hacia la mitad de la escena se detiene y hace unas anotaciones. Parece preocupado.

Del pasillo entra Margarita, la hermana de Enrique. Es una chica joven, de unos veintidós años, muy atractiva. Entra sin darse cuenta de la presencia del doctor.

DR. MERIDA.- Buenas tardes Margarita.

MARGA.- (Un tanto asustada.) Ah, buenas tardes Doctor.

DR. MERIDA.- ¿La asusté?

MARGA.- No, venía distraída... y no lo había visto.

DR. MERIDA.- La encuentro cansada... ¿le ocurre algo?

MARGA.- Ocurrirme... ¿qué más puede ya ocurrirme? A veces me pregunto qué tiene la vida de aliciente para mí.

DR. MERIDA.- Vivir, ya es un aliciente. Luego, hay la ilusión del mañana...

MARGA.- Una ilusión... ¿por qué? ¿En qué fundarla? Hay momentos en que siento la necesidad de agarrarme a algo, no sé, una "ilusión" quizás, una esperanza, un estímulo... Pero todo es inútil. ¿Cree que merece la pena vivir así una vida?

DR. MERIDA.- Francamente sí. Usted es joven, inteligente, está sana, es bonita..., tiene una vida por delante.

MARGA.- ¡De qué puede servirme! Primero mi hermano, con ese desgraciado accidente que lo retiene en este horrible estado. Más tarde la muerte de mi padre. Luego abandonar mis estudios y trabajar, llevando el cargo de la casa. Ahora mi madre que... afectada por estos golpes ha ido envejeciendo y trastornándose día a día. ¿A mi hermano... de qué le sirve vivir? Mi madre, de continuar así..., usted lo sabe mejor que yo. ¿Cree que frente a todo esto puedo estar optimista, puedo ver la vida de diferente manera? Lo he intentado, pero es algo más fuerte que yo. (Pausa.)

Cuando era niña, siempre quería coger el horizonte. Corría, corría para poder coger aquella línea que marcaba la propia naturaleza, porque creía que detrás de ella había un mundo distinto, lleno de felicidad. Como es natural nunca logré llegar; me resignaba

imaginándome que al correr de los años, cuando fuese mayor, podría traspasar aquella línea y saber lo que había al otro lado. Hoy, cuando miro ese horizonte, sabiendo lo que nos oculta, siento que me ahoga...

DR. MERIDA.- No mire así la vida, Margarita. ¿Por qué se empeña en verlo todo de esa manera?

MARGA.- Si no me empeño..., es tal cual es.

DR. MERIDA.- Voy a contarle algo, por si le ayudase a ver ese horizonte de otro modo.

Cuando yo tenía apenas catorce años, murieron mis padres en un accidente de automóvil. Quedábamos huérfanos mi hermano y yo; él contaba con ocho años de edad. Entonces fuimos recogidos por unos tíos y aunque se esmeraban por nosotros, no era nuestro hogar. A mí también me ahogaba aquel horizonte, soñaba con un mundo distinto detrás de él. Un día abandoné la casa y me lancé a traspasar aquella frontera... pero no encontré lo que buscaba, el mundo feliz con mis padres, así que comprendí que mis tíos era lo mejor que tenía y regresé, adaptándome a las nuevas condiciones de vida.

Había algo que bullía en mí, algo... que me hacía luchar por un mañana. Quizás

fuese mi rebeldía juvenil. Y en la medida que el mundo me iba cerrando puertas, yo sentía la necesidad de abrirlas... Trabajé durante el día y estudiaba por la noche. Luché para que en mi ciudad se estableciese el Preuniversitario nocturno y lo logré, accediendo a la Universidad con un brillante expediente. Me becaron y pude hacer medicina, mi gran ilusión, no solo por mí sino también por mi hermano, pues él necesitaba más ayuda para los estudios que yo.

Un día, al poco de estar en este hospital, estando de cirujano de guardia, trajeron el cuerpo ensangrentado de un muchacho que había sido atropellado. Lo llevaron al quirófano y al limpiarle la sangre que le cubría el rostro, comprobé con horror que se trataba de mi hermano. Todos los medios de la ciencia fueron inútiles para mantener la vida en su cuerpo. Yo, que hasta entonces siempre había vencido en mi lucha contra los obstáculos de la vida, me veía impotente viendo como se me iba de las manos aquella vida que era de mi misma carne. Su cuerpo quedó inerte en el quirófano. Fueron unos momentos terribles los que pasé. Abismado, salí de allí con las manos aún manchadas de sangre, de mi sangre. Las miraba y mil veces las maldecía, ¡ellas, ellas habían permitido que la vida abandonase el cuerpo de mi hermano! Durante unos instantes vi la obra

de toda mi vida destruida, anulada... creí que no me repondría.

Un rato más tarde, me volvieron a llamar, era para asistir a un parto. Se presentó difícil, pero con un gran esfuerzo traje a la vida a un niño y salvé a su madre. Aquello fue la piedra de mi salvación. Qué sentimiento me hicieron reaccionar... le aseguro que no lo sé, fue algo así como... una luz!

MARGA.- Quizás yo necesite también de esa luz...

DR. MERIDA.- Siéntese un momento. Ahora quiero hablarle de su hermano.

MARGA.- ¿Ocurre algo grave?

DR. MERIDA.- No, no se alarme. Su estado es el mismo. (Pausa.) Margarita..., cuando vine aquí, uno de los primeros pacientes que me encargaron fue su hermano. Los dos éramos nuevos, él como enfermo y yo como médico. A lo largo de estos años hemos sido compañeros, más que doctor y paciente. En el he ido estudiando y viviendo cada día su dilatado sueño. He investigado mucho sobre su caso. Mis experimentos y estudios me han llevado a la conclusión de que se puede intentar hacer algo por él.

MARGA.- (Emocionada.) Pero...

DR. MERIDA.- Por favor, quiero aclararle antes ciertos aspectos. Las posibilidades de éxito soy muy pequeñas, tengo la ciencia de hoy en contra. Pero ante su estado..., y sin ninguna posibilidad de recuperación, considero preferible correr el riesgo. Para operar necesito el consentimiento de usted, su madre en el estado actual no está en condiciones de darlo. Y a propósito de ella, las últimas noches las ha pasado casi por completo en vela. De seguir así, puede caer gravemente enferma de un momento a otro.

MARGA.- (Pensándolo durante unos instantes y decidida.) Si de verdad cree que existe una posibilidad, por pequeña que sea, adelante Doctor. Le agradezco mucho lo que ha hecho y tiene pleno consentimiento para realizar la operación...

DR. MERIDA.- Pero, permítame le diga de que se trata...

MARGA.- No me lo diga, de todos los modos no lo entendería, creo en usted... (Pausa.) Permítame ahora, que yo también me aferre a una ilusión...

DR. MERIDA.- De todos los modos, confíemos también en la Ciencia.

MARGA.- He desgastado mi juventud entre rezos y llantos. Si en realidad allí arriba se han ido acumulando, que su valor sirva al menos para esta ocasión.

DR. MERIDA.- Entonces ha comprendido que se trata de una operación de vida ó muerte...

MARGA.- Mi hermano está muerto hace ya mucho tiempo. Creo que su muerte clínica no podría afectarnos mucho. Para mi madre, seguir... sería la suya propia. Es justo intentarlo por todos.

DR. MERIDA.- Puesto que está de acuerdo en todo, su primer paso es ayudarnos a convencer a su madre para que abandone el hospital, hacerle ver que está enferma, que necesita recuperarse.

MARGA.- (Con intención de entrar.) Haré todo lo que de mí dependa.

DR. MERIDA.- Gracias. Sabía que contaría con usted.

MARGA.- hasta ahora. (Entra. Las luces se apagan. Vuelven a encenderse y aparece la habitación, mientras Marga entra por la puerta.)

MADRE.- (Sin Dejar de colocar la ropa.) Silencio..., acaba de dormirse. Pobrecito... (Lo besa y se dirige hacia la mesa.) El aroma de estas flores le ha dormido. ¿Son bonitas, verdad? A mí también me dan sueño... Nunca le faltan, siempre están aquí hermosas, frescas..., por eso lo tienen dormido siempre, lo adormecen con su aroma, y no es extraño. (Cierra los ojos y las acaricia, respirando profundamente.) Ves Marga, ino es maravilloso!, y pensar que muchas pobrecitas florezcan por los campos sin que nadie las cuide. En los campos cuando hay flores todo se adormece, por eso son tan quietas sus horas. Pero estas tienen quien las cuide, están cortadas por Estela que viene siempre a traérselas.

MARGA.- Madre, quisiera hablar contigo.

MADRE.- Pero si ya lo estamos haciendo... (Se dirige a la ventana por donde mira extasiada.) Y esos pajarillos, ¿quién los cuidará, pobrecitos...

MARGA.- (Se acerca a su madre y la coge suavemente por los hombros, acompañándola hasta una de las sillas.) Madre, tú no te encuentras bien, necesitas descansar y reponerte.

MADRE.- No hija, al revés. Estoy perfectamente bien, me encuentro a gusto, nunca he estado mejor.

MARGA.- No mamá, tú no estás bien. El médico me lo acaba de decir, necesitas descansar para reponerte.

MADRE.- ¿Reponerme..., de qué Marga? Estoy perfectamente bien.

MARGA.- A veces nada duele, sin embargo se está enfermo. Tú necesitas cuidarte y para ellos vas a ir para casa. Nos turnaremos, yo estaré aquí una temporada y tú otra. Desde que murió papá ya has venido mal y nunca has tomado un descanso, siempre entre estas paredes, sin separarte del lecho de Enrique. Te irás a casa unos días y allí te atenderá el doctor Oriol. Irá Martina a cuidarte, ¿te acuerdas de Martina? Va muy a menudo por casa, quiere verte, estar contigo.

MADRE.- (Levantándose bruscamente y acercándose a la cama de su hijo, al que abraza y besa.) ¡Marcharme yo de aquí..., como dices eso Marga! Pobrecito mío. (Lo besa y llora.) ¿Quién iba a cuidarle, atenderle, mimarle, a velar por él... (mirando hacia el jarrón) a cuidar sus flores? ¡Qué me pides Marga... alejarme de mi hijo, abandonarlo...,

jamás, nunca haré eso, me encuentro bien y no necesito descansar ni médicos! Desde que perdí a tu padre... solo me quedáis vosotros y él necesita de mi cuidado.

MARGA.- Mamá, él no quedará solo, aquí están todos con él, los médicos, las enfermeras, estoy yo.

MADRE.- ¡No...! Ninguno sabría hacerlo, ellos no podrán entenderle... no sabrán nunca lo que pide, lo que necesita. Cuando despierte por las noches y se destape, ¿quién lo arropará? ¡No! Tengo que ser yo, ellos no sabrían jamás..., tengo que ser yo, es mi hijo.

MARGA.- Mamá, tan solo serán unos días, muy pocos, lo suficiente para que descanses y te repongas, sin preocuparte de nada. Durante este tiempo yo me ocuparé de Enrique, se lo que necesita y lo que pide. Le cuidaré igual que tú lo haces, no le faltará nada.

MADRE.- Igual que yo... ¡Qué sabes tú de sus noches y sus días! ¿Has velado alguna vez sus sueños...? (Acariciando a Enrique.) Di que no hijo, yo no me apartaré de tu lado.

MARGA.- Solo serán unos días, y los necesito.

MADRE.- Necesitar..., no Marga. Yo no necesito eso, necesito estar aquí a su lado, al lado de todo esto que es su mundo y el mío. ¿La planta de la entrada, quién la cuidará? ¿Quién dará de comer a estos pajaritos que todas las mañanas vienen a cantar junto a su ventana? Marga, no te das cuenta...

MARGA.- Mamá, por favor..., tan solo unos días, por ti, por todos.

MADRE.- ¡No insistas! Y no vuelvas jamás a pedirme eso, porque nunca me separaré de su lado, lo oyes, nunca! (Le da un mareo y se agarra a las barras de la cama.)

MARGA.- ¡Mamá! (Le ayuda a acercarse a la tumbona.) Madre, ¿qué te sucede? (Intenta reanimarla.)

MADRE.- (Recuperándose.) No..., no es nada. Las flores... también a mi me duermen. No te preocupes, no es nada... (Se desmaya.)

MARGA.- ¡Madre...! (Se levanta y va corriendo a buscar al Doctor.) ¡Doctor, Doctor...! (Se apagan las luces.)

ESCENA IV

Al iluminarse de nuevo la estancia, aparece la misma escena. Todo está igual, solo que en ella está solamente Marga y Enrique, el cual continúa en el mismo estado.

Marga acaba de taparle y se dirige hacia la mesa, sentándose y tomando una revista que ojea, más que lee.

Pero al poco tiempo Enrique vuelve a destaparse y da muestras de malestar frunciendo el ceño con unos gestos realmente infantiles.

Marga se levanta y lo tapa, volviendo a continuación a sentarse. Permanece atenta contemplando los gestos de su hermano que, por momentos, al tiempo que suelta algún gemido, va tomando un aspecto angustioso y termina con un llanto completamente infantil.

Se levanta angustiada y con un sentimiento de amor profundo por su hermano, las lágrimas a flor de los ojos, se acerca a él y lo abraza. En el silencio de la habitación solo reinan ambos llantos, el infantil de Enrique y el de impotencia de su hermana, emocionadamente entremezclados.

Al cabo de un rato se separa un poco y con un pañuelo le enjuaga los ojos, mientras los

de ella, completamente saturados, se desbordan por sus mejillas.

MARGA.- ¡Pobre Enrique! ¿Me oyes...? ¿Puedes oírme...? (Se inclina lentamente sobre él, y lo besa con ternura.) Yo quisiera ayudarte..., quisiera ayudarte. Pero... ¿qué puedo hacer? Quizás mamá tuviese razón al decir que la necesitabas. Ella te entendía. Sabía cuando necesitabas algo. Sin embargo yo... ¿Quieres que abra la ventana? Sí, la abriré, quizás tengas calor. (Se acerca a la ventana y la abre. Fuera reina un día primaveral. En el momento de abrirla, Marga queda como extasiada contemplando el jardín.) ¡Dios mío! ¡Qué hermoso está el jardín! Está todo florido, repleto de vida. Si lo pudieras ver... (Enrique cambia de aptitud y en sus facciones de dibuja una risa de niño. Marga al verlo se le acerca contenta, creyendo haber acertado.) ¿Era esto lo que querías, verdad? Así puedes respirar su aroma, porque él se viste cada primavera de gala para ti. Es para ti, Enrique. Solo para ti. (Enrique parece como si se hubiese dormido. Marga le arregla la ropa y luego se dirige a la puerta con dirección a la salita.)

Las luces se apagan y al encenderse seguidamente aparece la sala. Marga, abriendo la puerta número 10, entra. Se acerca a una butaca y se sienta. Queda

pensativa. Instantes después, desembocando del pasillo, entra el Doctor Mérida. Al verla sentada, se dirige directamente a ella.

DR. MERIDA.- Ah... ¿está usted aquí? Buenas tardes, Margarita.

MARGA.- Buenas tardes, Doctor.

DR. MERIDA.- Si no la importuno, quisiera hablar unos momentos con usted.

MARGA.- No, no. Dígame.

DR. MERIDA.- Puesto que...

MARGA.- Perdóneme Doctor, pero... Acabo de salir de la habitación de mi hermano, y cada vez estoy más convencida de que oye y sufre como nosotros. Hace un rato lloraba...

DR. MERIDA.- Margarita, ¿Por qué se obstina en eso? Ya le he repetido muchas veces que está sumido en una completa inconsciencia. Nada de lo que le acontezca, hambre, frío, dolor... le afecta sensorialmente. Por lo tanto, no la puede oír, ni...

MARGA.- No sé. Yo no puedo aguantar esto. No puedo verlo llorar y reír así. De continuar... Dios me peroné, pero...

DR. MERIDA.- No se excite. Esta situación ya no se prolongará más. Justamente quería hablarle de esto.

MARGA.- ¿De qué?

DR. MERIDA.- Mañana por la tarde... lo opero.

MARGA.- ¿Mañana?

DR. MERIDA.- Sí.

MARGA.- Doctor, ¿usted cree qué...?

DR. MERIDA.- No se puede predecir nada. Yo pondré todo lo que la Ciencia me ha dado. Humanamente quiero que sepa que estoy del todo a su lado. Hace cinco años que vivo junto a usted el mismo drama. Desde que entró aquí por primera vez, siendo una niña, con una coleta dorada que le descendía como un torrente de oro por su hombro izquierdo, hasta verla hoy, convertida en una mujer, hecha por el sufrimiento y el dolor...

No es el momento más adecuado para decírselo, pero... Margarita, yo... No sé como... Indudablemente si fuera un diagnóstico, encontraría las palabras adecuadas. Es lo que he hecho hasta ahora, diagnosticar para los demás. Sin embargo en estos momentos que se trata de mí...

En cierta ocasión, ya le he dicho que un acontecimiento como el traer un niño al mundo, fue la piedra, el hecho, la luz... de mi salvación, lo que fundamentó mi existencia. Hoy necesito no una piedra, sino todos unos cimientos para fundamentar para siempre mi vida, mis ilusiones, mis éxitos ó mis fracasos. Mañana necesitaré de esa base, de esos cimientos... de esa luz... que eres tú Marga.

MARGA.- No importa el momento, Luis, yo también estaba deseando oírte decir eso.

DR. MERIDA.- Deseaba que fuese así. (Le estrecha una mano entre las suyas.) Por hoy era todo lo que necesitaba. Espero que a ti también te ayude a pasar el momento de mañana.

MARGA.- Es maravilloso, como en un instante te rasgó esa barrera que el tratamiento nos había puesto en medio. Me has tratado de tú... y yo a ti.

DR. MERIDA.- Sí, es cierto. Y me alegro. Con ese usted por medio te sentía demasiado lejos.

MARGA.- Yo también a ti.

DR. MERIDA.- Entonces... Ahora, desde nuestro acercamiento, ¿puedo contar plena-

mente con tu consentimiento, bajo el supuesto de "ocurra lo que ocurra"?

MARGA.- Sí Luis. Ocurra lo que ocurra.

DR. MERIDA.- Aparte, que tendrás que dar el consentimiento por escrito, ahora concretemos los últimos preparativos, que no son de carácter científico y que, bajo el supuesto de éxito, serán de una importancia vital.

MARGA.- Sabes que haré todo lo que esté en mis manos.

DR. MERIDA.- Lo sé. Pero no se trata solamente de ti, sino de todos. Verás. Lo que yo voy intentar hacer en el cerebro de Enrique, es algo que la medicina no ha hecho en ningún cerebro humano. A simple vista parece algo fácil, pues se trata solamente de unir uno de esos complicados "hilos" que conducen las señales en el cerebro y reparar al mismo tiempo un número reducido de células muertas en el punto de esa rotura, cuando se produjo la conmoción cerebral. Pues bien, unido ese hilo y reparado el medio para que nuevamente se restablezca la corriente, lo cual en un cerebro electrónico resultaría sumamente fácil, en el hombre es poco menos que imposible. Sin embargo, mi larga investigación y estudio sobre este caso concreto, me dicen que podré darles nueva-

mente vida a esas células y restablecer ese contacto.

Si lo logro Marga, debo tener todo previsto para que lo más elemental no me conduzca al fracaso. Un grupo de especialistas me acompañarán en la operación, teniendo cada uno una misión concreta en cada una de las partes vitales del organismo de tu hermano, tanto durante la operación como en el postoperatorio.

Pero lo difícil vendrá luego, una vez vuelto a la vida. Empezará a recuperarse lentamente, hasta llegar a un punto en que del todo consciente despierte a la realidad. El creerá estar viviendo cinco años atrás. Y de tal forma obrará y pensará. Para él esos cinco años no han contado, es como si estuviera durmiendo una noche de cuatro mil trescientas veinte horas. Sin embargo nosotros hemos estado viviendo esas horas día a día.

Lo que yo quiero, es formar a su alrededor un mundo ficticio, pero igual al que dejó cuando ocurrió el accidente. Al recobrar el conocimiento, no estará en condiciones de hacerse muchos "porqués" ni de recibir emociones.

Todos y cada uno de nosotros pasaremos a ser especialistas responsables de su recuperación, hasta que esté en condiciones de saber toda la verdad.

MARGA.- Luis, eso es imposible.

DR. MERIDA.- No, no será imposible. Tenemos que hacerlo realidad. Si... sé lo que piensas. Tu padre... Se lo podremos ocultar de un principio. Ha tenido que hacer un viaje urgente, por ejemplo. Tu madre, no estará tampoco en condiciones de verlo. Además, estos cinco años se le multiplicarían nada más verla. Le diremos la verdad un poco cambiada. Que está en casa algo enferma, pues sufrió con su accidente, y el médico no le permite levantarse. El ansia de verla la ayudará a una recuperación más rápida.

Tú volverás a ponerte aquella trenza... Y Estela tendrá que recuperar la sonrisa y la alegría de entonces. Para él, el mundo de estos días de convalecencia, estará concentrado en su novia. Ella será la que esté a su cabecera, día a día, hora a hora.

MARGA.- Es lo que yo intentaba decirte... Eso es imposible.

DR. MERIDA.- ¿Cómo, imposible? ¿Acaso no viene todos los días a visitarle, no es ella la que continuamente mantiene las flores frescas en ese jarrón?

MARGA.- No, Luis. Estela no es su novia. Ella le quiere, pero no era su novia.

DR. MERIDA.- ¿Quiere decir que aquella chica que venía al principio...?

MARGA.- Sí, Ana. La que dejó de venir cuando supo...

DR. MERIDA.- No lo comprendo. Estela lleva viniendo diariamente desde el primer día. Ella sufre y lleva este dolor...

MARGA.- Como cualquiera de nosotros. Incluso más que nosotros, como si fuera su novia...

DR. MERIDA.- Sí, es cierto.

MARGA.- Estela se crió y vivió toda su niñez y juventud al lado nuestro. Fue compañera de colegio con Enrique. Con él piso los primeros bailes. Pero Enrique jamás sintió por ella otro afecto que no fuese... como una hermana.

Luego él conoció a Ana. Llevaban ya dos años de novios. Enrique le había prometido casarse en cuanto terminase los vuelos de práctica comerciales y pasase a pilotar aviones de pasajeros. Lo hubiese hecho muy pronto. Emilio, su compañero, pasó a las Aerolíneas Internacionales a los seis meses.

Cada vez que lo pienso... ¡La muy..., no ha sido capaz de esperarlo ni siquiera esos seis

meses! Y sabiendo que él la amaba, la amaba con todas sus fuerzas.

DR. MERIDA.- Marga, hay que localizara a Ana.

MARGA.- ¡No!

DR. MERIDA.- Por tu hermano... No contamos con mucho tiempo.

MARGA.- Luis, no es la misma...

DR. MERIDA.- Tendrá que serlo por unos días. Ante este caso no se negará. ¿Qué sabes de ella?

MARGA.- Durante unos años, fue una cualquiera. Luego engatusó a un pobre hombre, es un abogado. No tiene hijos.

DR. MERIDA.- Habrá que llamarla y explicarle todo. Creo que debemos también hablar con Estela.

Del pasillo, entra una enfermera con una mesita de ruedas, sobre la cual trae diversos utensilios.

ENFERMERA.- Buenas tardes Margarita. Cuando usted quiera Doctor.

DR. MERIDA.- Entre y prepare todo. Yo voy ahora. (La enfermera entra en la habitación número 10.)

MARGA.- Si no hay otra solución, de acuerdo.

DR. MERIDA.- Ah, convenía ponerle un telegrama a Emilio. En los primeros momentos su gran obsesión serán los instantes del accidente. Al verlo, se tranquilizará.

MARGA.- Iré a ponerlo ahora por teléfono.

El Doctor entra en la habitación y Marga da unos pasos en dirección al pasillo. Pero de repente se para y queda como esperando a una persona que viene hacia ella. A los pocos segundos entra Estela. En la mano trae un ramo de flores.

MARGA.- Hola Estela. Hoy vienes temprano.

ESTELA.- Sí. Tengo unos días de permiso, por eso salí antes. ¿Cómo está Enrique?

MARGA.- Como siempre. Aunque parece que ha estado algo más inquieto.

ESTELA.- Tu madre... ¿cómo sigue?

MARGA.- Ha mejorado bastante. Por fin se resignó a restablecerse, para luego volver al lado de Enrique con más fuerzas. (Estela da unos pasos en dirección a la habitación.) No, espera. Está dentro el Doctor. Siéntate. Tengo que hablarte.

ESTELA.- (Sentándose.) ¿Qué ocurre?

MARGA.- (Después de un silencio.) Lo van a operar.

ESTELA.- ¡Cómo...!

MARGA.- Pues... que finalmente lo operan.

ESTELA.- Pero...

MARGA.- Lo sé, lo sé. No hay otra alternativa, Estela. Esa pequeña posibilidad que existe debemos aprovecharla antes de que sea demasiado tarde. No podemos continuar así indefinidamente.

ESTELA.- ¿Tu madre ha dado el consentimiento?

MARGA.- Ella no sabe nada. Yo he tomado la responsabilidad. (Estela guarda silencio y se torna triste.) ¿Te ocurre algo?

ESTELA.- No... nada. (Continúa guardando silencio.)

MARGA.- ¿Qué te pasa? ¿Por qué te quedas callada? Di algo...

ESTELA.- (Mirándola resignadamente.) Qué quieres que diga... Hace cinco años que es mío. Que no pertenece a ninguna otra. Cinco años que le di la mitad de mi vida, que comparto su silencio. ¿Qué más pude pasarme? ¿Te parece poco que me lo queráis quitar para siempre?

MARGA.- Por favor, Estela. No digas eso. Debemos afrontar la situación, la realidad... Yo también le quiero, es mi hermano. Por favor, ayúdame.

ESTELA.- (Coge las flores y las acaricia.) Siempre he soñado que mis flores descansarían en el jarrón de su mesita... (Llora. Se apagan las luces y cae el telón.)

(FIN DEL PRIMER ACTO)

SEGUNDO ACTO

ESCENA I

Escena en casa de Ana. Salita-recibidor de un apartamento moderno, acogedora y desordenada, con mobiliario actual.

La puerta de entrada está al fondo. En el lateral derecho hay una ventana con cortinas y en el mismo lateral, por donde antes estaba el pasillo de la clínica, ahora se supone el pasillo del apartamento, el cual conduce a las distintas habitaciones.

ANA.- (Santiago la abraza por la cintura y la besa en el cuello. Ella intenta zafarse y ambos caen en el tresillo. Lo abraza y se besan largamente. Poco después se levanta y le deja a él tumbado. Ya está bien, Santi. No seas pesado. (Se acerca a un mueble y apaga el tocadiscos.)

SANTI- Ven aquí muñeca.

ANA.- No. Por hoy ya está bien. Solo falta media hora para que salga el abogado de la oficina. Tienes que irte, vete.

SANTI.- Ven a mis brazos. (La coge y la sienta a su lado.) Eres una gata salvaje que le huye al macho cuando la persigue..., pero luego, cuando la tiene bajo sus garras, se le deshace como mantequilla. (La besa y ella no es capaz de rechazarlo.)

ANA.- ¡Ay, eres insaciable! (Suena el timbre de la puerta y ambos quedan a la expectativa.) ¿Será el abogado?

SANTI.- No sé. Puede ser.

ANA.- Ve, entra en la cocina. Si es él, lo llevaré a la habitación, mientras tanto tú sales.

Santiago desaparece por el pasillo y Ana va a abrir la puerta de la calle. Con sorpresa ve que se trata de Marga.

MARGA.- (Después de mirarse en silencio, y sin que Ana hiciera el ademán de invitarla a entrar.) ¿Puedo entrar?

ANA.- (Apartándose de la puerta y cediéndole el paso.) ¡Vaya, la hermanita menor! Pasa, pasa...

MARGA.- (Entra hasta la mitad de la escena y permanece de pie.) No vengo a hablarte como la hermana de quien fue... tu novio.

ANA.- Tantas veces lo has hecho ya... ¿por qué no una vez más? Además, ahora es más interesante, lo haces de mí y conmigo...

MARGA.- Creo haberte insinuado que no vengo como hermana de Enrique. Lo hago como una persona que solicita la ayuda de otra, para salvar de la muerte a alguien.

ANA.- ¿De la muerte? ¿Cómo puede salvarse de la muerte a alguien que ya está muerto?

MARGA.- Quizás para ti, puesto que ya lo estaba antes del accidente...

ANA.- ¡No lo vuelvas a repetir! ¡Tú bien sabes que no es cierto. Esa y otras fueron la sarta de mentiras que habéis levantado en torno a mí! Yo no era mujer para tu hermano... Pero no lo lograsteis, él me amaba. Yo pude haber hecho de él todo lo que me diera la gana, sin embargo no lo hice, dejé que siguiera a vuestro lado y terminase la carrera; pero vosotros con esa estúpida tirantez, lo habéis matado.

MARGA.- ¡Cállate!

ANA.- No, no me callo. Aquella mañana, antes de emprender el vuelo, estuve hablando con él. Lo vi muy preocupado, y aquella

preocupación fue la que lo llevó a la muerte. ¡Y todo por la oposición que siempre habéis tenido hacia mí! (Después de una pequeña pausa.) Claro... yo no me había educado en uno de esos colegios religiosos, ni tenía una gran cultura... "no era presentable en la sociedad"... ¿no es cierto?

MARGA.- Si lo amaras, no lo abandonarías luego.

ANA.- No tenía otra alternativa... Seguir representando el papel de "novia desconsolada", en medio de vuestro desprecio, para enternecer a los demás, era ridículo. Sin embargo, tenía la venganza al alcance de la mano dejándoos en evidencia ante vuestra "sociedad"... ¿Iba a desaprovechar esa oportunidad? No, a él ya no le podía hacer ningún mal.

SANTI.- (Entrando y mirando a Marga.) No me habías dicho que esperabas a una amiga. ¿Quién es esta muñeca?

ANA.- No es ninguna amiga. Y ahora lárgate, tenemos que hablar a solas.

SANTI.- Está bien. (A Marga.) No se preocupe, es más inofensiva de lo que parece. (Abre la puerta y se va.)

ANA.- (Mirando a Marga.) Es un amigo...

MARGA.- No te lo había preguntado.

ANA.- Pero deseabas saberlo. Por otra parte, no me importa que sepas que no es un "pariente lejano"...

MARGA.- ¿Por qué me tienes que dar toda esa serie de explicaciones?

ANA.- Para que finalmente veas en lo que me habéis convertido...

MARGA.- No tiene derecho para hablar así.

ANA.- Pero vosotros... isí lo teníais!

MARGA.- (Tratando de irse.) Veo claramente que no debía haber venido.

ANA.- (Interponiéndose.) No, todo lo contrario. Fue mejor así porque ahora ya sabes lo que deseaba que supieses... y visto por tus propios ojos. (Pequeña pausa.) Siéntate, así hablaremos de lo que te ha traído aquí, con más calma.

MARGA.- No, estoy perfectamente de pié.

ANA.- Pero yo no, es mejor que te sientes. (Marga accede y se sienta.) Bueno, ¿qué es lo que solicitas de mí, como "persona"?

MARGA.- (Tratando de ser breve.) Enrique va a ser operado. Los médicos creen en que hay posibilidades de éxito. Si se logra, él volverá a vivir, pero partiendo de aquellos últimos momentos que vivió hace cinco años. Para Enrique todo este tiempo no ha contado.

ANA.- Ah, ya. O sea que a mí se me ofrece el papel que en aquel entonces se me intentaba quitar... ¿no es eso?

MARGA.- Creo que has comprendido.

ANA.- Sí, y no me puedo negar porque se trata de él. Pero...

MARGA.- Durante las primeras semanas, después de su intervención, no estará en condiciones de recibir ninguna emoción ni mucho menos sorpresas. Le diremos la verdad en el momento oportuno.

ANA.- Comprendo. (La mira fijamente a los ojos.) Como "esa persona" a la cual pides ayuda, puedes contar conmigo.

MARGA.- La ayuda lleva incluida una condición.

ANA.- ¿Cuál es?

MARGA.- Que una vez llegado "ese momento"... desaparezcas para siempre de su vida.

ANA.- (Después de pensarlo unos instantes.) De acuerdo.

Marga se levanta y se dispone a marchar. En esos momentos se abre la puerta de la calle y entra un hombre, más bien de baja estatura, casi calvo y de una edad ya avanzada.

ABOGADO.- (Dirigiéndose a Ana, sin darse cuenta de la presencia de Marga.) ¿Quién era? Hoy no me puedes mentir. Le he visto salir por el portal.

ANA.- Y a mí qué me dices... ¿Acaso vivimos nosotros solos en esta casa? ¿No ves que estoy con la señorita? (A Marga.) Es mi marido. (Dirigiéndose a él.) La comida está en el horno. Vete a comer.

ABOGADO.- (A Marga.) Buenas tardes, señorita. (Sale.)

MARGA.- (Acercándose a la puerta.) La operación será mañana por la tarde.)

ANA.- Cumpliré. Puedes estar segura.

MARGA.- Te esperamos. (Sale.)

(Se pagan las luces.)

ESCENA II

Aparece nuevamente la sala de espera de la clínica. En ella están Marga, Estela, Jesús y Pili.

Transcurren las horas de la tarde del miércoles. Reina una impaciencia general, siendo más acentuada en Marga y Estela, aunque ésta la disimula con su silencio y aparente tranquilidad. Enrique lleva en el quirófano desde hace cinco horas aproximadamente.

Al iluminarse la sala se ve a Estela sentada en una de las butacas del fondo; Jesús y Pili lo están en el sofá de la izquierda; Marga se pasea nerviosa. Da la impresión de que Pili y Jesús hayan estado fumando cigarrillo tras cigarrillo, pues el ambiente está bastante enrarecido, y ahora apuran los que tienen encendidos con evidentes señales de nerviosismo.

PILI.- (Levantándose.) Toma, fuma un cigarrillo. Te tranquilizará.

MARGA.- No, no. Prefiero no fumar. (Volviéndose hacia los demás.) ¿Por qué tardarán tanto?

PILI.- No sé.

JESUS.- Es una operación difícil. No se hace en una hora o dos como otras... y puede que ya esté en reanimación...

MARGA.- Si hubiese terminado Luis... digo el Dr. Miranda nos lo comunicaría. Solo puede significar que aún continúa.

JESUS.- Bueno, tampoco son tantas horas, hay que tener en cuenta que se trata de una operación de cerebro.

PILI.- Claro, y el que tarden tanto demuestra que todo va bien...

MARGA.- Yo no puedo soportar esta impaciencia... ¡No puedo! Y además, este ambiente me ahoga...

JESUS.- (Levantándose.) Puesto que lo hemos soportado hasta ahora, esperemos un poco más. Siéntate y fuma un cigarrillo. Verás cómo te calma.

Marga y Pili se acercan al tresillo y se sientan. Jesús permanece de pie. Instantes después se sienten los pasos de alguien que se acerca por el pasillo. Todos vuelvan sus miradas hacia el mismo. En la sala entra un muchacho de unos veinticinco años, viene fuera de sí. Al principio no se apercibe de la presencia de nadie en la salita, por lo que

pausadamente se dirige hacia la puerta número 9. Al llegar a ella apoya la mano en la manilla para abrirla pero tras vacilar unos segundos se detiene y en un gesto dramático lleva el brazo derecho al marco de la puerta y sobre él deja caer la cabeza, ahogando el llanto.

Todos le observan, luego él se repone y entonces es cuando se da cuenta de la presencia de los demás.

MARGA.- (Se levanta y se aproxima a él.) ¿Cómo está? ¿Cuáles fueron los resultados de este nuevo análisis? (Andrés la mira y sin contestarle se dirige hacia una de las butacas del fondo.)

ANDRES.- (Sentándose.) Pues... que... si la llegan a operar esta mañana, como estaba previsto, fallecería en la operación.

MARGA.- ¿Entonces, no es necesario operarla?

ANDRES.- No, puesto que... le han dado un plazo de vida de quince días... ¿Comprendéis? ¡Un plazo! ¡Un plazo de quince días! (Se aprisiona fuertemente la cara entre las manos, tratando de contenerse. Pausa. Lloro ahogando el llanto.) Hace seis meses que nos casamos, tiene diecinueve años y ese espectro de la medicina... con una mirada de

crista, se atreve a decirme que le quedan "quince días" de vida... ¿Cómo puedo entrar ahí y mirarla, como puedo?

MARGA.- Tienes que hacerlo Andrés. Ella te estará esperando. (Andrés se levanta.) Hay ocasiones en que uno es más fuerte de lo que creía ser... Yo jamás me imaginaba que podría tomar la decisión que tomé por mi hermano y sin embargo lo hice.

ANDRES.- No sé si tendré las fuerzas suficientes.

MARGA.- Las tendrás.

ANDRES.- (Desesperado.) ¡Por qué tenemos que nacer, si luego nos espera todo esto!

MARGA.- No digas eso.

ANDRES.- No merece la pena vivir. ¿Qué es la vida, sino un juego con trampa, en el que siempre perdemos? Cuando nos la dan viene llena de inmundicias, de gérmenes que nos corroen. Desde un principio luchamos y luchamos por sobrevivir, intentando aniquilarlos. ¿Qué son sino las enfermedades? Luego nos atacan otros "gérmenes" de tipo moral: la falsedad, la envidia, la maldad, el odio, la injusticia...

Toda nuestra vida es una continua lucha contra todo eso. A veces, después de un denodado sacrificio, logramos vencer esos "gérmenes" de la sociedad e incluso también las enfermedades. Pero no, nuestra lucha, nuestro sacrificio no puede tener un justo premio... y ¡zas!, surge de nuevo lo no desvelado, el misterio... (Pequeña pausa.) ¿Qué enfermedades habrá hoy que no se curen? Prácticamente se conocen todos los virus y los medios para contrarrestarlos, pero... tiene que surgir una nueva trampa cuando se está a punto de ganar la partida, era feliz, éramos felices... Sin embargo nuestra felicidad no podía ser larga, y así nos fue entregada como trofeo su enfermedad, enfermedad de la que solo se conoce el nombre... ¡cáncer! (Hay un silencio general. Todos lo miran un poco aterrados.)

Sin que se hayan apercebido, entra una enfermera con algunas cosas en las manos en dirección a la habitación 10. Todos quedan cortados, sin saber qué hacer. La única que reacciona es Estela, que se levanta como empujada por un resorte y se interpone en el camino de la enfermera mirándola fijamente. Habla a duras penas.

ESTELA.- ¿Có... cómo está?

ENFERMERA.- La operación ha terminado ya hace algún tiempo, pero el Dr. Mérida ha estado en reanimación con el paciente. Dentro de poco lo trasladarán a su habitación.

MARGA.- (Acercándose a la enfermera, como pidiéndole una explicación mayor.) Pero...

ENFERMERA.- Solo me han dicho que tuviera preparada la habitación del enfermo de la 10. (Entra en la habitación.)

Estela vuelve a su sitio y Marga continúa paseándose nerviosa. Andrés que también vivió el momento anterior, se repone y va hacia la habitación 9.

ANDRES.- (Desde la puerta. Al abrirla todos le miran.) Suerte... (Entra.)

MARGA.- (Acercándose a Jesús.) Dame un cigarrillo, por favor. Ahora sí lo necesito.

JESUS.- Ten. Y compórtate. Debemos estar preparados para lo que sea. Yo creo que... el que hayan mandado preparar la habitación, es un anticipo de que todo va bien.

MARGA.- Te diré la verdad, pese a todo tengo fe en el éxito... Sin embargo esta

situación me..., me... ¿Has dicho antes que eran las siete?

JESUS.- Las son ahora. ¿Por qué?

MARGA.- Porque Ana, tendría que haber llegado ya.

ESTELA.- (Desde su asiento, apenas sin apenas gesticular.) Vendrá, si es que le has dicho que hay una posibilidad de que Enrique vuelva a ser el Enrique de antes.

MARGA.- Se lo he dicho. Pero aceptó venir aún no existiendo esa posibilidad.

ESTELA.- (Ausente.) Si fuese así, si no existiese, seguiría siendo mío... pero al contrario ella lo volverá a recuperar...

MARGA.- ¿Cómo puedes decir eso, Estela?

ESTELA.- Porque será la realidad.

PILI.- ¿No está casada?

MARGA.- Sí..., además, me dio su palabra de que tan solo permanecerá a su lado, por el tiempo que sea necesario, luego... (Se corta al ver a Ana venir en dirección a la Sala.)

ANA.- (Físicamente su aspecto es un tanto distinto al de la escena anterior. Ha intentado convertirse en la chica de hace cinco años.) Buenas tardes. (Se quedan todos mirándola; la escena se torna violenta. Dándose cuenta de la situación, decide salvarla y se dirige a Jesús.) Hola Jesús, hace ya unos cuantos meses que no te veo.

JESUS.- (Intentando también salvar su situación.) No te he encontrado por ahí.

ANA.- Es que tampoco has hecho nada por verme. Últimamente... (Fijándose en Pili.) ¿Es tú novia?

JESUS.- Sí. Desde hace ocho meses.

ANA.- El tiempo que hace, aproximadamente, que no veo a Emilio. Tengo entendido que apenas toca en España, ¿no?

MARGA.- ¡Ana!

ANA.- Ah, hola Marga. Como ves, las amistades de Enrique, no han dejado de tratarme..., me han seguido considerando siempre "muy bien". ¿Verdad Jesús?

Jesús no encuentra palabras para responder, y como tratando de dar una justificación, mira a Pili fijamente. Esta le evita la

mirada y se vuelve de espaldas, caminando hacia el foro. En esos momentos entra un practicante y desde la terminación del pasillo, se dirige a todos.

PRACTICANTE.- De parte del Dr. Mérida, me encarga que les diga que todo ha salido bien. Me dice también que les comunique que abandonen esta sala y que permanezca solo en ella su hermana, pues está semiinconsciente. (Sale.)

Todos quedan paralizados, mirándose unos a otros. La emoción es general. Estela se levanta y sale por el pasillo. La siguen Pili, Jesús y Ana. Marga queda sola en la sala. Completamente emocionada, cae llorando en una de las butacas.

Hay un apagado y encendido de luces, significando un intervalo de tiempo.

Al cabo de unos segundos entra el Dr. Mérida, aún con la bata puesta. Se para en el lateral derecho.

DR. MERIDA.- ¡Marga....!

MARGA.- (levanta la cabeza y al verle salta de la butaca, yendo corriendo a sus brazos.)
¡Luis...!

ESCENA III

Enrique ha salido felizmente de la operación y ha recobrado ya el conocimiento. Está muy débil pero puede levantarse y conversar, aunque muy lentamente. Han pasado varios meses.

En la estancia se encuentran él, Marga, Ana y Estela. La atención de todos se centra en Enrique, que parece observar las cosas con singular curiosidad.

Enrique al encenderse las luces, está mirando por la ventana. Ana y Marga lo observan atentamente sentadas en las sillas que rodean la mesita, y Estela, ausente, lejana... permanece al lado de la cama.

ENRIQUE.- (Entusiasmado.) Es maravilloso..., es una sensación, no sé explicarme, estoy confuso... (Se detiene y pasa la mano por la frente, como si con este acto tratara de despejar alguna incógnita.) Sí, veo las cosas tan distintas..., tan claras y tan lejanas..., es como si por mí hubiera pasado mucho tiempo, años..., y al encontrarme de nuevo con todo... tengo sensaciones encontradas... Sé que solo he estado quince días en coma, pero... durante este tiempo he vivido una infinidad de sueños, tan reales a veces, tan palpables, tan cercanos... (Se sienta al lado al lado de Marga y Ana.) La verdad es que no sé cómo explicarme. En mí interior me

resulta fácil traducir lo que siento, muy distinto a expresarlo. Aunque hay algo dentro de mí que no comprendo, que se borra totalmente cuando quiero revivirlo, que se disipa si profundizo... Y lo veo, lo veo tan cerca, es como querer coger una nube y no alcanzarla. Me encuentro como el viajero ausente una larga temporada, que cuando regresa lo encuentra todo ajeno, cambiado, distinto...

ANA.- No te esfuerces, Enrique. Has sufrido un accidente y estuviste bajo sus efectos. Lo normal es que te encuentres así...; la anestesia, el proceso operatorio..., supongo que debe ser así. Además, has estado inconsciente esos quince días, cualquiera de nosotros se sentiría así. Figúrate la infinidad de cosas que se pueden soñar en ese tiempo dormido. Lo importante es que te encuentras bien y restablecido casi completamente. Tranquilízate, pronto te repondrás del todo y regresarás a casa nuevamente.

Enrique se dirige a la ventana y mira por ella. Contempla el jardín con verdadero entusiasmo, como si tratara de recordar. Marga se dirige a él.

MARGA.- Ana tiene razón. Lo importante es que volvemos a estar juntos y que pronto volveremos a casa. Mamá tiene muchas

ganas de verte, ya se encuentra mucho mejor. Y para papá será una gran alegría; ayer hemos recibido un telegrama comunicándonos que regresará muy pronto.

Entra el Doctor Mérida.

DOCTOR MERIDA.- ¿Cómo se encuentra nuestro enfermo? (Se acerca a Enrique y le da una palmada en el hombro.)

ENRIQUE.- Bastante mejor. Aunque me sigo sintiendo muy confuso.

DR. MERIDA.- Estupendo. Síntoma de que todo va bien. Esta clase de procesos tienen que ser lentos. Ha sido usted un excelente enfermo. Lo que le resta de su recuperación es cuestión suya y del tiempo, claro... ¿Animado?

ENRIQUE.- Creo que sí. Gracias a usted estoy aquí doctor. Es mucho lo que le tengo que agradecer.

DR. MERIDA.- No he hecho más que cumplir con mi deber.

ENRIQUE.- Su deber... Todos tenemos ese mismo deber, pero no todos lo cumplimos doctor, por eso yo hoy le doy a usted las gracias, por ser consciente de su deber. El

deber nace y vive en cada uno de nosotros, es obligación más que virtud, sin embargo, a veces no se manifiesta del mismo modo en todo el mundo. El deber es la verdad de las cosas, la verdad que tiene que predominar, por dura que sea, sobre las cosas, sobre las situaciones... porque puede ser vida para muchas personas.

Estela, que hasta ahora había permanecido inmóvil y sin pronunciar una sola palabra, se dirige hacia la mesa y coge el bolso.

ESTELA.- Yo ya me marchó, se me está haciendo demasiado tarde.

ENRIQUE.- Gracias Estela, por tu compañía, por todo...

ESTELA.- No Enrique, verdad y deber, tú lo has dicho. Me voy, acostumbro siempre a cumplir con mi deber.

MARGA.- Espera Estela, yo también me marchó. Mamá estará impaciente, ansiosa de saber algo de ti.

ENRIQUE.- Dile que tengo muchas ganas de verla, de poder abrazarla. He soñado estos días tanto con ella... parecía sentirla a mi lado en cada instante, incluso creía oír su voz y sentir que me acariciaba; otras veces

me parecía oírle llorar y en ocasiones que me hablaba.

DR. MERIDA.- Tranquilízate Enrique. Pronto estarás con ella. Y ahora he de seguir visitando a mis enfermos, tú ya no me necesitas, sin embargo ellos sí.

Salen los tres y se quedan solos Enrique y Ana. Esta se dirige a él y sentándose a su lado le coge las manos al tiempo que las besa.

ANA.- Enrique... ¡te quiero!, ¡te quiero!... Te quiero más que nunca, a pesar de todo. ¡Te quiero! (Sus ojos se humedecen.)

ENRIQUE.- ¿A pesar de qué, Ana? ¿Qué dices? Pero, tienes los ojos húmedos...

ANA.- Enrique, abrázame fuerte, muy fuertemente... (Enrique la abraza y se apagan las luces.)

Se encienden de nuevo, habiendo pasado un tiempo, y aparece la sala de espera. En ella están Marga, Estela y el Dr. Mérida.

DR. MERIDA.- La verdad, es que estoy muy satisfecho del resultado. Fue un gran éxito. Respecto a Enrique, lo que más me preocupa ahora es su estado de inquietud, de insegur-

ridad, ese razonamiento que le llena de interrogativas y hace trabajar insistentemente a su cerebro. Hemos montado en torno a él una gran pieza teatral, de la que todos somos autores, un mundo artificial que no debemos dilatar mucho, porque cada vez tiene más preguntas y recibe menos respuestas. (Se acerca a Marga, que parece pensativa.) Marga, en lo más difícil no nos hemos desanimado, sigamos pues adelante. (A Estela.) Y a ti gracias por esa colaboración que ha sido y es altamente valiosa. Se lo que sientes y lo que todo esto significa para ti. Pero ten la seguridad de que cuando llegue el momento, serás la persona más necesaria para él.

ESTELA.- Aunque me resulte más doloroso que antes, mis visitas no le faltarán.

MARGA.- ¿Hasta cuando hemos de seguir así?

DR. MERIDA.- No será mucho tiempo. Dejemos que por sí solo vaya entrelazando ideas, descubriendo cada día alguna respuesta a sus interrogantes..., en una palabra, preparándose para la verdad. Si me permitís, he de continuar con mis visitas.

ESTELA.- Sí, sí, doctor. (Se despide de ellas y sale por el pasillo. Quedan las dos solas. Marga se sienta.)

MARAGA.- Tengo miedo Estela. Es como un presentimiento, algo que me inquieta. Temo por Enrique. Me aterra el pensar cuál será su reacción ante la verdad que tiene que descubrir. Me parece que todo esto es totalmente injusto, que no puede terminar bien. Sería terrible, después de todo, que el resultado final fuese el fracaso.

ESTELA.- (Sentándose a su lado.) Yo también tengo miedo, Marga. Lo tuve siempre: cuando conocí el proyecto, cuando empecé a vivir esta aventura, cuando entré a formar parte de este teatro que hemos montado, robando al tiempo y a la vida, la verdad. (Mirando hacia la puerta.) Y esa mujer no me gusta, creo que se ha vuelto a enamorar de Enrique.

MARTA.- Empiezo a pensar que lo terrible es que no haya dejado de amarle...

ESTELA.- Pero... (Se apagan las luces.)

ESCENA IV

Cuando se vuelve a iluminar la escena, no hay nadie en la salita. Es al día siguiente por la mañana. Sale Ana de la habitación, se sienta poniéndose a ojear un periódico que coge del bolso. A continuación entra Marga por el pasillo.

ANA.- Te estaba esperando.

MARGA.- ¿Qué quieres?

ANA.- Siéntate. Enrique aún no se ha levantado, está durmiendo. Aprovechará para darte una noticia. (Pausa.) Verás, ha sucedido algo, totalmente inesperado, que cambia el curso de las cosas. (Deja el periódico sobre la mesa.) Se trata de mi marido. Al llegar anoche a casa recibí la noticia: se suicidó. Hizo desaparecer cierta cantidad de dinero de la oficina, para que muerte tuviera la apariencia del arrepentimiento de una estafa. Pero yo sé que eso no es cierto. Alguien le puso al corriente de mi situación con Enrique...

MARGA.- ¡Suicidado! ¿Cómo es posible?

ANA.- Ya lo ves. En el fondo creo que se lo debo agradecer. Ahora todo es completamente distinto. El pacto que hemos hecho,

queda roto. Pasaré a ocupar verdaderamente el sitio que me corresponde.

MARGA.- ¿Eso nunca! Jamás consentiré que te cases con él. No harás con mi hermano lo que has hecho con ese pobre desgraciado. ¿Pero, qué clase de mujer eres? ¿Qué clase de sentimientos tienes? ¡Anoche se suicida tu marido y hoy te encuentras aquí tramando algo monstruoso!

ANA.- No hago sino cumplir con "mi deber". Pues bien, si juzgas lo que pretendo hacer como una monstruosidad..., te diré que una monstruosidad se paga con otra monstruosidad... (Sacando una carta del bolso.) ¿Dime, de quién es esta carta? ¿Quién le escribió a mi marido poniéndole al corriente de todo? ¿Te suena esta letra? ¡Di, quién! ¡Quién ha sido! ¡Tú...! Tú fuiste, porque pretendías evitar lo que es inevitable. Querías hundirme como ya lo has hecho en otra ocasión. Pero ahora no lo lograrás. Navegamos en un mismo barco y si alguien se ha de hundir, nos hundiremos todos con él. ¿Lo comprendes? ¡Nos hundiremos todos con él!

MARGA.- (Pausa.) Sí, yo he sido. Y todo ello formaba parte de la representación. Enrique comprendería la imposibilidad de vuestro amor al verte partir acompañada de tu

marido... Así todo hubiese sido más fácil para él.

ANA.- ¡Perfecto! No tenías fe en mi palabra, ¿verdad? ¿Temías que precipitara un desenlace a mi favor, no? Pues te equivocas. La hubiese cumplido. Llegaría hasta el final, hasta el final pactado. Pero esto ahora, lo cambia todo... Porque quiero que sepas que ese mañana, tan cercano y tan desconocido para mí, hasta ayer, hoy empieza a ser realidad. Enrique y yo nos vamos a casar, me lo pidió anoche.

MARGA.- ¡No!

ANA.- Sería inútil que te opusieras. Piensa en hace cinco años. Una oposición similar llevó a tu hermano a un lecho de muerte, del cual se levantó hace escasos meses. Hoy (enseñándole la carta) pruebas contundentes de esa misma oposición, podrían llevarlo a ese mismo lecho, pero para siempre. (Con intención de salir.) Y ahora voy a representar el otro papel, el de viuda afligida. Me vestiré de luto y lloraré. Nadie, excepto tú y yo, sabe que este papel que voy a representar, aunque verdadero, es falso. (Da dos pasos hacia la salida, y se vuelve.) Piénsalo Marga... dejémonos de representaciones y dejémonos guiar por la razón.

Sale, queda Marga sola. Cae llorando sobre una butaca.

MARGA.- ¡No! ¡Jamás! ¡Jamás! (Al mismo tiempo golpea con los puños sobre el respaldo.) Antes muerto que con esa, ¡antes muerto! ¡Nos hundiremos todos, todos, pero con ella nunca!

Se apagan las luces, las cortinas se corren mutuamente y aparece la habitación de Enrique, que está en la cama, en su posición habitual. En la tumbona duerme Marga, y no apaciblemente, pues se debate en una pesadilla que le hace cambiar de posición hasta que se levanta los brazos y se agarra al respaldo de la misma gritando.

MARGA.- ¡Jamás! ¡No! ¡No! ¡Enrique! (Se despierta. Mira hacia la cama y al comprobar que Enrique está allí, queda pensativa y asombrada al mismo tiempo.) Dios mío, qué horrible pesadilla. (Se levanta y se acerca a la cama de su hermano.) Enrique, perdóname, perdóname... (Y cae sobre él llorando.)

En ese instante se abre la puerta y entra el Dr. Mérida. Se acerca a Marga.

DR. MERIDA.- ¿Qué ocurre? (Marga, se incorpora y se abraza a él llorando.)

MARGA.- Luis, he tenido una pesadilla espantosa... ¡Yo, yo soy la culpable de todo!
(Se aparta de él.)

DR. MERIDA.- Cálmate mujer, cálmate. Estás demasiado excitada.

MARGA.- ¡No, escúchame! Yo he tenido la culpa del accidente de Enrique. Fue por mí, por mí... ¿Comprendes? Yo me oponía a que saliera con Ana, ino lo podía consentir!... Por eso levanté una serie de mentiras y logré que en casa no la quisieran.

DR. MERIDA.- ¿Qué dices? Pero, ¿por qué ibas hacer eso? Anda, tranquilízate, eso son solo imaginaciones tuyas, producto de los nervios...

MARGA.- ¡No! Eso sí que no, es la verdad. Yo fui quién estableció aquella barrera entre Enrique y Ana, para que se opusieran en casa y... a causa de ello Enrique tuvo el accidente. ¡Aquella mañana le mentí, le mentí! Le dije que Ana lo engañaba... y no era verdad. ¿Comprendes? ¡No era verdad! Pero tenía que hacerlo, tenía que hacerlo... porque yo... yo lo amaba... ¡Lo amaba! ¡Estaba enamorada de él!

Se apoya llorando sobre la ventana. El Dr. Mérida, ante esta confesión, queda

estático, sin saber qué hacer ni que decir. Luego se acerca un poco a ella.

DR. MERIDA.- No, eso no es cierto, no puede ser cierto, Marga.

MARGA.- Lo es..., lo es porque Enrique no es mi hermano. Sus padres me sacaron de... un hospicio. (Continúa llorando.)

El Dr. Mérida queda indeciso, pero finalmente se le acerca y le habla.

DR. MERIDA. Dejemos esto para después de la operación. Ahora hay una camilla ahí fuera esperando para llevarlo al quirófano.

Después de las últimas palabras de Marga, Enrique se inquieta, emite como un gemido, un llanto de niño quizás... El Dr. Mérida se acerca a la cama y destapándolo un poco, le coge el pulso. Algo no va bien. No convencido por el resultado de las pulsaciones, le abre el pecho y pone su oído sobre el mismo. Inmediatamente intenta reanimarle, le ausculta de nuevo... pero ya todo es inútil. Le mira las pupilas y le cierra los ojos. Le sube la sábana a la cara y se vuelve a Marga que permanece petrificada ante aquella escena.

DR. MERIDA.- Enrique ha muerto.

Marga y Luis frente a frente, con dos expresiones que lo dicen todo, hasta que Marga rompe a llorar gritando.

MARGA.- ¡Esperaba... a que me arrepintiese!
¡Lo estaba esperando! ¡Lo escuchaba todo,
todo...! (Llora desesperadamente, de pié, sin
atreverse a acercarse a Luis.)

Se abre la puerta y entra Ana. Marga, completamente trastornada, al verla se precipita sobre ella llorando y la abraza con enorme fuerza.

MARGA.- ¡Ana...! (En un grito que lo dice todo.)

Repentinamente se apagan las luces y baja el telón, mientras resulta el eco de ese grito.

FIN

